

LITERATURA, RELIGIÓN Y POLÍTICA EN LA FRANCIA DEL SIGLO XIX: JULIO MICHELET

POR

ESTANISLAO CANTERO (*)

Una de las características más llamativas de la literatura, incluida la histórica y la política, de la Francia del siglo XIX, fue su acusado anticatolicismo. Sainte-Beuve indicó dos razones, que en mi opinión, conjunta o separadamente, contribuyen en buena medida a explicar ese comportamiento. El incrédulo crítico había dejado escrito que, a su juicio, eran dos los enemigos de la fe, como lo consigna Leroy: "L'esprit libre, qu'il appelle Pan, et le moeurs relâchées, qu'il appelle Priape", aunque en opinión del autor de los *Cahiers*, el primero, constituido por los ideólogos era el más peligroso (1), si bien, en otros momentos de su vida parece haber hecho más hincapié en el aspecto moral.

Tal doble diagnóstico de Sainte-Beuve, sobre Pan y Priapo, sin duda retrato de sí mismo, parece confirmar el itinerario de buena parte de los escritores de ese siglo y las carencias de otros muchos. Pero junto a esas razones, hay otros dos motivos, la soberbia y el narcisismo de muchos de ellos, sin los cuales, quizá su comportamiento hubiera sido diferente.

Julio Michelet (1798-1874), como gran parte de los escritores del siglo, también conoció los "amores" extraconyugales, el pri-

(*) Nuestro colaborador, el doctor Estanislao Cantero, trabaja desde hace tiempo en un libro sobre "Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX". Del mismo adelantamos las páginas que dedica a Jules Michelet (N. de la R.).

(1) Maxime LEROY, *La Pensée de Sainte-Beuve*, Gallimard, 5.ª ed., París, 1940, pág. 51.

mero de ellos con Hortense Fourcy, quien por su edad, podía haber sido su madre. En 1818 tiene una nueva amante, Paulina Rousseau, con la que, por interés material (2) y aunque "no la amaba" (3), contraería matrimonio canónico en 1824; una vez casados, la redujo "a las humildes tareas de cocinera y de doncella" (4) y la "desatendió toda su vida" (5), mostrando, así, que su comportamiento con ella fue totalmente contrario a lo que seis años más tarde "teorizaría" sobre la relación entre los esposos (6). Tras la muerte de su esposa ocurrida en 1839, desde 1842 a 1844 su sirvienta Marie se convierte en su amante, siendo sustituida en 1844 por Esther Aupépin, hasta que esta viuda contrae matrimonio en 1847; en 1844 es otra joven sirvienta, Victoire, a la que hace su amante (7), hasta que, en marzo de 1849, contrae nuevo matrimonio, esta vez civil, con Athénais Mialaret, veintidós años más joven que él (8), la cual, sino le dominó hasta imponerle sus libros panteístas o antropomórficos, como sugiere Halévy (9), desde luego se los inspiró.

Michelet no recibió una educación católica, hasta el punto que, según su propio testimonio, "no recibió ninguna idea religiosa" (10); Fauquet califica su educación de "descristianizada" e

(2) Arthur MITZMANN, *Michelet ou la subversion du passé. Quatre leçons au Collège de France*, La Boutique de l'Histoire, París, 1999, pág. 29.

Véase la carta a sus tías de 8 de marzo de 1824 con tal ocasión (en Paul VIALLANEIX, *La voie royale. Essai sur l'idée de peuple dans l'oeuvre de Michelet*, Flammarion, París, 1971; págs. 13-14).

(3) Daniel HALEVY, "Le mariage de Michelet", *La Revue de Paris*, 1 de agosto de 1902 (págs. 557-579), pág. 557.

(4) P. VIALLANEIX, *La voie royale...*, ed. cit., pág. 22.

(5) D. HALEVY, *Jules Michelet*, Librairie Hachette, París, 1928, pág. 71.

(6) Jules MICHELET, *Oeuvres complètes. Histoire sociale. Le prêtre, la femme et la famille*, estudio introductorio de Alfred de Fouillé, Calmann-Lévy, París, s.f., págs. 274 y sigs.

(7) Viallaneix cree que justifica su conducta con sus criadas "por su culto del pueblo" ya que "con Marie y con Victorie imagina amar a todo el pueblo"; y a esto se le llama amar al pueblo y educación del pueblo (P. VIALLANEIX, *La voie royale...*, ed. cit., págs. 50, 52-54).

(8) P. VIALLANEIX, *Michelet, les travaux et les jours. 1798-1874*, Gallimard, París, 1998, págs. 255, 256, 259, 278, 286, 287, 297, 312, 344. En *La voie royale* da otras fechas diferentes (pág. 50).

(9) D. HALEVY, *Jules Michelet*, ed. cit., págs. 133-136 y 147.

(10) J. MICHELET, *Le Peuple*, introducción y notas de Paul Viallaneix, GF-Flammarion, París, 1992, pág. 67.

indica que "sus padres nunca le llevaron a una iglesia" (11). Bastante autodidacta, sus lecturas de juventud, que consistieron en algunos clásicos, Rousseau, Locke, Destut de Tracy, Fenellon o Madame de Staël, así como la *Imitación de Cristo* leída como afirmación de la subjetividad, no pudieron hacerle comprender una religión que ignoraba ni contribuir al despertar de una fe en la que no había sido educado; al mismo tiempo, fue amante de lecturas libertinas y toda su vida de una exigente y gran sensualidad (12). Bautizado a los 18 años (13) —a poco de la Restauración— por influencia de su primera amante, la cuarentona Hortense Fourcy (14); su conversión, si verdaderamente la había habido, fue efímera, pues a los veintidós años, como indica Fauquet, no es cristiano, pues Cristo es sólo un hombre y no el Redentor (15). En los años en los que escribía la *Historia de la Revolución francesa*, dice Godechot que "no podía soportar el catolicismo" (16). Según Halévy, al final de su vida no creía ni en Dios ni en el hombre (17). En su testamento prohibió cualquier ceremonia religiosa para cuando falleciera y así se hizo.

Alumno del liceo Carlomagno, licenciado en 1818 y doctor en letras en 1819, en 1821 es nombrado suplente de aquél colegio y en 1827 profesor de filosofía e historia en la Escuela Normal Superior. En 1831 se le nombra jefe de la sección de historia de los Archivos Nacionales, sustituto de Guizot en la Sorbona en 1834 y profesor del Colegio de Francia en 1838. Fue profesor, en 1828, de la hija de la Duquesa de Berry, nieta, pues de Carlos X; y, con la nueva monarquía, fue nombrado, en 1830, profesor de historia de la princesa Clementina, hija de Luis Felipe.

(11) ERIC FAUQUET, *Michelet ou la gloire du professeur d'histoire*, Cerf, París, 1990, págs. 27-28.

(12) P. VIALLANEIX, *Michelet, les travaux...*, págs. 40-49.

(13) Lo que motivó que Halévy comentara: "no omitamos que el éxito de su carrera lo hacía casi necesario", D. HALÉVY, *Jules Michelet*, ed. cit., pág. 25.

(14) P. VIALLANEIX, *Michelet, les travaux...*, ed. cit., págs. 36 y 40; E. FAUQUET, *Michelet ou la gloire...*, ed. cit., pág. 36.

(15) E. FAUQUET, *Michelet ou la gloire...*, ed. cit., pág. 64.

(16) JACQUES GODECHOT, *Un jury pour la Révolution*, Robert Laffont, París, 1974, pág. 70.

(17) D. HALÉVY, *Jules Michelet*, ed. cit., pág. 182.

Liberal hacia 1820, su evolución hacia el republicanismo más exaltado pasa por su ruptura con la Iglesia y su lucha «religiosa» contra ella. Antes, sin embargo, como ha observado Mitzmann, su conversión «le fue útil durante el primer decenio de su carrera que coincidió con la fase «Ultra» de la Restauración» (18). Y si acabaría siendo un enemigo acérrimo del cristianismo y, especialmente, de la religión católica, todavía en 1833 en el primer volumen de su *Historia de Francia*, justificaba el dogma de la gracia y glorificaba a Francia por no haber sido ariana, en páginas que fueron modificadas o suprimidas en posteriores ediciones (19). «La clave de la evolución», como indicó Le Goff, estaba «en el modo en que Michelet, más que cualquier otro, lee y escribe la historia del pasado a la luz de la historia del presente» y en que «la relación «histórica» entre Michelet y la Edad Media cambia según las relaciones de Michelet con la historia contemporánea» (20). Así, una Edad Media positivamente valorada, encantadora, afortunadamente cristiana, fue sustituida por otra oscura y carente de libertad, en la que fue suprimido todo lo que antes aparecía favorable a la Iglesia y a la religión católica. La explicación, como indicó Le Goff, no es otra que «la evolución de Michelet respecto a la Iglesia y al cristianismo» (21). Hasta Monod, al referirse a ese cambio, tuvo que admitir que, con él, Michelet «perdió parte de su calma, de su moderación, de su imparcialidad científica» (22).

En 1843, a consecuencia de la cuestión de la libertad de enseñanza, que era inexistente y que los católicos reclamaban frente al monopolio estatal de la Universidad, establecido mediante una interpretación restrictiva de derechos de la Carta de 1830, libertad rechazada por los liberales en el poder cuyo volterianismo y

(18) A. MITZMANN, *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., pág. 29.

(19) Paul BENICHO, *Le temps des prophètes. Doctrines de l'âge romantique*, Gallimard (1977), París, 2001, pág. 531.

(20) Jacques LE GOFF, «Les Moyen Age de Michelet», en *Pour un autre Moyen Age. Temps, travail et culture en Occident: 18 essais*, Gallimard, París, 1979, pág. 23.

(21) J. LE GOFF, «Les Moyen Age de Michelet», ed. cit., pág. 33.

(22) Gabriel MONOD, *Les maîtres de l'histoire: Renan, Taine, Michelet*, Calmann-Lévy, París, 1894, pág. 206.

anticlericalismo suponía establecer una peor condición para los católicos, se desata una fuerte polémica que alcanzó, también a la enseñanza del Colegio de Francia, al denunciar abiertamente las enseñanzas de Michelet por su ataques a la religión y a la Iglesia. Michelet, en unión de Quinet, reaccionan con sus lecciones contra la Compañía de Jesús, publicadas poco después en un volumen conjunto, *Des jésuites*, Michelet, olvidando sus elogios anteriores, se lanza a una diatriba y a una requisitoria que se extendió a toda la contrarreforma (23). Con este enfrentamiento dice adiós a la Iglesia que pretenderá sustituir por una nueva religión, nunca claramente definida, expuesta en sucesivas obras: "Adiós Iglesia, adiós mi madre y mi hija, ¡adiós fuentes que fuisteis tan amargas! Todo lo que amaba y conocía lo dejo por el infinito desconocido, por la sombría profundidad desde la que siento, sin saberlo aún, el Dios (*sic*) nuevo del futuro" (24).

En 1845, en otro panfleto anticatólico, lleno de mentiras, medias verdades y falsedades históricas, *Du prêtre, de la femme et de la famille* (25), pretendió demostrar que la Iglesia es contraria a la familia al apoderarse del alma de la mujer por medio de su confesor. Escrita tres años después de la muerte de su amiga Adele Dumesnil, de cuyo lecho de muerte fue apartado por la influencia de un sacerdote, Michelet, "herido de celos y deseoso de venganza" (26), no sólo arremete contra el sacramento de la confesión y la dirección espiritual, núcleo de su plúmbeo discurso, sino contra la religión católica en su conjunto; en él se alude a los sacerdotes como "nuestros enemigos", "enemigos de la Revolución y del futuro", los conventos de monjas son peores que prisiones o manicomios, las monjas constituyen una "viudez estéril", el culto al Sagrado Corazón de Jesús es una idolatría y propone sustituir a la Iglesia por la religión de la

(23) P. VIALLANEIX, *Michelet, les travaux...*, págs. 173 y 277.

(24) Citado por P. VIALLANEIX, *Michelet, les travaux...*, pág. 267.

(25) Es difícil entender cómo profesores sesudos, hayan podido aceptar, como válido, como acorde con la realidad, la descripción y el diagnóstico de Michelet (así, P. VIALLANEIX, *Michelet, les travaux...*, ed. cit., págs. 288-289).

(26) D. HALÉVY, *Jules Michelet*, ed. cit., pág. 122.

familia (27). Lo expresaría con mayor amplitud pero no con mayor claridad, un año después, en *Le peuple*: una religión del amor donde sus actores e intercesores serán el pueblo, la mujer y el niño. La tesis de Michelet suponía que la unidad familiar sufría la interferencia del confesor, que por su influencia sobre la mujer, hacía imposible tal unidad. Entre el cúmulo de indignados autores que le respondieron, Nettement subrayó, con toda razón, que Michelet, no consideraba a la mujer igual de libre e inteligente que el hombre y que la quería sujetar a las ideas del marido, como si los esposos fueran Platón o Sócrates redivivos, al tiempo que olvidaba a todos aquellos que eran escépticos, amoraes o indignos; que pretendía "la unidad de la familia mediante la destrucción de la personalidad intelectual y moral de la mujer, en beneficio de las ideas del marido, lo que es una idea musulmana" (28).

En el fondo, lo que Michelet no soporta son los dogmas y, en especial, el del pecado original (29) y la ley de la gracia —a la que considera, por su gratuidad, una arbitranidad y una tiranía (30)—, a lo que opone la justicia (31). Justicia que, por otra parte, considera insuficiente y pretenderá que sea corregida por el amor, por la fraternidad humana (32), idea tan vaga y abstracta como la que tiene de la justicia. En cambio, la religión de la gracia es una religión de esclavos, como dirá en la *Bible de l'humanité* (1864) (33). Como ya advirtieron sus contemporáneos, "no encuentra otro modo de atacarlo [al catolicismo] mas que

(27) J. MICHELET, *Le prêtre, la femme et la famille*, estudio introductorio de Alfred Fouillée, Calmann-Lévy, París, 1845, págs. 3, 266, 232, 226, 174 y 306.

(28) Alfred NETTEMMENT, *Études critiques sur le Feuilleton Roman*, Deuxième Série, Librairie de Perrodil, París, 1846, págs. 266, 275, 278, 286; la cita en la pág. 286.

(29) J. MICHELET, *Le Peuple*, introducción y notas de Paul Viallaneix, GF-Flammarion, París, 1992, págs. 170-174.

(30) Véase su interpretación aplicada a la historia en Olivier REMAUD, *La Magistrature de l'Histoire*, Éditions Michalon, París, 1998, págs. 41-45.

(31) J. MICHELET, *Historia de la Revolución francesa*, prólogo de 31 de enero de 1847, trad. esp., Argonauta, Buenos Aires, 1946, tomo I, págs. 8-12.

(32) Ver P. VIALLANEIX, *La vole royale...*, ed. cit., págs. 406 y sigs.

(33) J. MICHELET, *Bible de l'Humanité*, F. Chamerot Libraire-Éditeur, París, 1864, págs. 361-386; P. VIALLANEIX, *La vole royale...*, ed. cit., pág. 395.

desnaturalizándolo”, siendo absolutamente falso que la doctrina de la gracia implique, como afirmaba Michelet, que había hombres fatalmente elegidos y otros fatalmente condenados (34). Este defensor de la religión de la patria, se hizo una religión, si así puede llamársela, a su medida. Según Monod, “era su corazón quien le dictaba su religión”; religión rayana en el panteísmo, tal como lo percibía el crítico crítico: “su amor por la naturaleza no era más que una forma de la adoración de Dios” (35).

Su *Historia de la Revolución*, además de constituir la leyenda del pueblo actor de la Revolución, es una apología de la revolución anticristiana. Como lo expresó Godechot, para Michelet, la Revolución “era un acto de fe”, y, al escribir su historia, “quiso alzar un monumento a la Revolución” (36). El hecho revolucionario, la Revolución, para él, constituye un nuevo evangelio que deberá sustituir al cristiano (37). Para Furet, su *Revolución* es la negación de los evangelios (38). Según una anotación de 8 de febrero de 1847, su intención era clara: “Aquí he tomado partido: contra monárquicos (legitimistas y anglómanos), contra republicanos terroristas, contra cristianos y contra comunistas” (39). A Lamartine, en carta de mediados de 1847, le reprocha de su *Historia de los Girondinos*, “su tolerancia con la antigua Iglesia” (40).

Su *Historia de la Revolución*, fue especialmente alabada durante la 3.^a República —“tuvo ocho ediciones desde el fin del Imperio hasta 1925, convirtiéndose en una especie de breviario de los republicanos” (41)—, hasta el punto que, como indicó

(34) J. MICHELET, *Bible de l'Humanité*, ed. cit., págs. 176-377 y 475-479; Alfred NETTEMENY, *Histoire de la littérature française. Sous le gouvernement de Juillet. 1830-1848*, Jacques Le Coffre et Cie, Paris, 1854, tomo II, págs. 455 y 455-458.

(35) G. MONOD, *Les maîtres de l'histoire...*, ed. cit., págs. 239 y 238.

(36) J. GODECHOT, *Un jury...*, ed. cit., págs. 53 y 54.

(37) A. MITZMANN, *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., pág. 131.

(38) François FURET, “Michelet” en F. FURET y Mona OZUF, *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, Flammarion, Paris, 1988 (págs. 1030-1039), pág. 1031.

(39) Citado por François FURET, “Michelet” en F. FURET y Mona OZUF, *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, Flammarion, Paris, 1988 (págs. 1030-1039), pág. 1031.

(40) Citado por P. VIALLANEUX, *Michelet, les travaux...*, pág. 321.

(41) J. GODECHOT, *Un jury...*, ed. cit., pág. 160.

Thibaudet, "no se comprende la historia del radicalismo", "ni la mística del camino hacia la izquierda, sin una referencia constante a Michelet, fue el educador de los republicanos que tenían veinte años en 1870 y que entre las dos guerras, conservaron su temperatura, sus entusiasmos, sus límites, sus afirmaciones y sus negaciones" (42). Influencia notoria, a pesar de que, tal obra, como han indicado la mayoría de los autores, entre ellos Godechot, "no es ni una verdadera historia, ni una novela, ni un poema épico", y si sobresalió sobre las demás de aquellos años, lo hizo "no por su verdad y su objetividad, sino por el conjunto de cualidades que la hacen una obra maestra literaria" (43). Para Thibaudet, "en materia de historia, la palabra intuición parecería que hubiera sido creada y traída al mundo por él"; su *Historia de la Revolución francesa* es "libro de guerra, libro de la defensa de una fe, libro de la historia propaganda" (44). Y Maurras, que no le soportaba en cuanto historiador y padre del republicanismo democrático, decía que "pensaba con el corazón" y que se dejaba llevar por "ese rímero de impresiones e imaginaciones que se forman bajo la influencia de los nervios, de la sangre, del hígado y de otras glándulas" (45). Juicio, que me parece, no demasiado alejado del de Barthes, cuando indica que en Michelet, "no es la reflexión la que corrige el instinto, sino que es el corazón, la intuición que da forma completa a la idea" y que su obra es "una maraña organizada de obsesiones" (46).

Desde su "odio personal a los curas" provocado por el retorno de Adele Dumesnil a la fe católica durante la enfermedad que la llevaría a la muerte y que provocó que se prohibieran sus visitas a la amiga (47), Michelet se acerca a la historia como instru-

(42) Albert THIBAUDET, *Histoire de la Littérature Française de 1789 a nos jours*, Éditions Stock, París, 1946, pág. 274.

(43) J. GODECHOT, *Un jury...*, ed. cit., pág. 111.

(44) A. THIBAUDET, *Histoire de la Littérature...*, ed. cit., págs. 272 y 273.

(45) Charles MAURRAS, *Romantisme et Révolution*, Nouvelle Librairie Nationale, París, 1922, págs. 251 y 250.

(46) Roland BARTHES, *Michelet* (1954), Éditions du Seuil, 2.^a ed., París, 1988 págs. 137 y 5.

(47) A. MITZMANN, *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., la cita en pág. 81.

mento de confirmación y difusión de sus ideas políticas. La revolución, que no había concluido, tenía que aunar al pueblo con las elites, y así, acabar lo que había comenzado en 1789. Para él la historia no era un pasado cerrado que hay que descubrir, sino una "resurrección" que hay que realizar, pues el pasado es un modo de ver el presente, con proyección de futuro, por lo que, con razón, el micheletiano Mitzmann califica su concepción de "subversiva" (48).

Sus delirios filosóficos, en su "reivindicación" de la "naturaleza" llegaron a la exaltación de la India y de su civilización por su veneración de la naturaleza, que contrapone "al mundo de orgullo de la ciudad griega y romana" (49), todo lo contrario de lo que había dicho quince años antes en su introducción a la *Historia Universal*. En ésta afirmaba que "con el mundo empezó una guerra que terminará cuando acabe el mundo: la del hombre contra la naturaleza, del espíritu contra la materia, de la libertad contra la fatalidad", y que en la India "el hombre está encorvado, prosternado bajo la todopoderosa naturaleza (...); abrumado por la naturaleza no intenta luchar, se entrega a ella sin condiciones (...), se deja llevar y confiesa, con una voluptuosidad sombría y desesperada, que Dios es todo, que todo es Dios, que él no es más que un accidente, un fenómeno de esa única sustancia" (50). Su concepción del pueblo como el auténtico "héroe" de la Revolución (51) estaba ya prefigurada en *Le Peuple* —donde descubre el instinto del pueblo que, al dominarle, la da una gran ventaja para la acción, de modo que es, al mismo tiempo, idea y acción (52)—, de tal modo que fue la idea que se había hecho de él en dicha obra la que aplicaría a su *Historia de la Revolución*. Fue uno de los que contribuyó, con sus obras, a la idealización

(48) A. MITZMANN, *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., pág. 154.

(49) J. MICHELET, *Le peuple*, ed. cit., págs. 176 y 177.

(50) J. MICHELET, "Introduction a l'histoire universelle", *Oeuvres Complètes*, 35, Flammarion, París, 1897, págs. 403, 405 y 406.

(51) J. MICHELET, *Historia de la Revolución francesa*, conclusión, ed. cit., vol. III, pág. 705.

(52) J. MICHELET, *Le peuple*, ed. cit., pág. 160.

del pueblo y del mesianismo del pueblo francés, y, en general, a la formación del nacionalismo de la izquierda (53).

Defensor de los protestantes desde sus *Cuerras de religión* (54) y su *Enrique IV*, este «profeta» de «una muerte provisional del cristianismo» (55), que rechazará por entero la Biblia en *La Bible de l'Humanité* (1864) y que reitera creer en Dios y en la inmortalidad del alma, incluso en su testamento (56), en lugar de la religión católica, es decir, «la religión de la gracia», propone «la de la libertad y la justicia, la de 89» (57). Esa «religión del amor» supone la divinización de la nación, la divinización de Francia, cuya superioridad a todas las naciones no puede discutirse (58): «Que el hombre, desde la infancia, se acostumbre a ver un Dios (*sic*) viviente en la Patria» (59). Para Michelet, la patria es «ese Dios (*sic*) invisible en su alta unidad y visible en sus miembros y en las grandes obras en las que se decantó la vida nacional» (60). Francia, para Michelet, era el oráculo de ese dios para el resto de los pueblos: «El Dios (*sic*) de las naciones ha hablado por medio de Francia» (61). El nacionalismo de izquierdas tuvo en él su profeta: «La Patria, primero como dogma y principio. Después, la Patria como leyenda» (62). «La Patria, solo mi patria puede salvar al mundo» (63). De ahí que, en su concepción de la historia, Francia fuera como una persona, como un alma (64).

(53) Philippe DARRIULAT, *Les Patriotes. La gauche républicaine et la nation. 1830-1870*, Éditions du Seuil, París, 2001, págs. 120-151.

(54) E. FAUQUET, *Michelet ou la gloire...*, ed. cit. pág. 383.

(55) P. VIALLANEIX, *Michelet, les travaux...*, pág. 463.

(56) P. VIALLANEIX, *Michelet, les travaux...*, pág. 513; E. FAUQUET, *Michelet ou la gloire...*, ed. cit., pág. 416.

(57) P. VIALLANEIX, *Michelet, les travaux...*, pág. 476.

(58) J. MICHELET, *Le Peuple*, ed. cit., págs. 227-230.

(59) J. MICHELET, *Le Peuple*, ed. cit., pág. 237.

(60) J. MICHELET, *Le Peuple*, ed. cit., pág. 240.

(61) J. MICHELET, *Le Peuple*, ed. cit., pág. 243.

(62) J. MICHELET, *Le Peuple*, ed. cit., pág. 243.

(63) J. MICHELET, *Le Peuple*, ed. cit., pág. 246.

(64) Destacada por gran número de autores, como Christian DELACROIX, François DOSSE y Patrick GARCIA, *Les courants historiques en France. XIXe-XXe siècles* (1999), Armand Colin, 2.ª ed., París, 2005, pág. 39.

Su obra histórica, al decir de Fauquet, constituyó “el más persuasivo de los credos patriótico-humanitarios de los pequeño burgueses de su tiempo” (65). Pero se trataba, además, como advirtió Lasserre, de un “patriotismo condicional”, de “un patriotismo de guerra civil”, al excluir de la categoría de franceses a buena parte de la nación, los católicos (66).

Aunque como otros románticos sociales de su tiempo, él quizá no lo viera, al no percibir las antinomias y contradicciones de su pensamiento, sin embargo, hoy es pretender un círculo cuadrado esforzarse en mostrar que el nacionalismo de Michelet no tenía nada que ver con el *chauvinismo* que se desarrolló más tarde y que su nacionalismo no era excluyente argumentando que “era inseparable del internacionalismo de las luces” (67). Como había indicado Benichou (68), inevitablemente, en la práctica, traduce la supremacía de una nación sobre las otras y contradice al humanitarismo, constituyendo el germen de “la idolatría de la Nación”.

En esa exaltación pagana de la patria tenía que ser educada la infancia y la juventud francesa, sustrayendo la educación a los religiosos: “Decís que los Hermanos [de las Escuelas Cristianas] enseñan mejor; lo niego”, “el maestro de escuela es Francia; el Hermano es Roma, es el extranjero, es el enemigo” (69). Con razón, Winock, comentando este texto, recuerda que Michelet, con sus ideas sobre la educación vertidas en *Le Peuple*, en tal materia “suministró uno de los puntos fuertes de la ideología republicana, que será patriota y laica” (70).

(65) E. FAUQUET, *Michelet ou la gloire...*, ed. cit., pág. 315.

(66) Pierre LASSERRE, *Le romantisme français. Essai sur la révolution dans les sentiments et dans les idées au XIXe siècle*, Société du Mercure de France, Paris, 1907, pág. 412.

(67) A. MITZMANN, *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., pág. 158.

(68) P. BENICHOU, *Le temps des...*, ed. cit., págs. 546-547; cit. pág. 547.

(69) J. MICHELET, *Le peuple*, ed. cit., págs. 128-129.

(70) Michel WINOCK, *Les voix de la liberté. Les écrivains engagés au XIXe siècle*, Editions du Seuil, Paris, 2002, pág. 347.

Este fabulador (71), que, lo menos que puede decirse es que tenía una "percepción selectiva y partidista del pasado" (72) —al que sus admiradores, de lo que es buen ejemplo Lefebvre, prefieren calificar de "imaginativo", "sensible", "soñador" o "poeta" (73)—, con motivo de la publicación de *Los miserables*, y según testimonio de Goncourt, había dicho: "¡Ah! ¡He envejecido! ¡Ha habido dos cosas este año que me han hecho mucho mal! ¡Primero, la muerte de mi hijo; después, la novela de Hugo! ¿Por qué? ¡Muestra un obispo estimable y un convento interesante! Hay que ser como Voltaire: ¡un enemigo de vuestras ideas, de vuestros principios, hay que describirlo siempre como un miserable, como un bribón, como un pederasta!" (74). Antes, con motivo de la

(71) Diversos autores demostraron que en la Historia escrita por Michelet la imaginación reinaba sobre la realidad acontecida. En crítica hoy olvidada por la historiografía, Nettelement demostró que "a fuerza de querer sacar de los hechos las ideas que contienen, Michelet saca las ideas que no contienen", y que "somete los hechos a la tiranía de las ideas" (Alfred NETTELEMENT, *Histoire de la littérature française. Sous le gouvernement de Juillet. 1830-1848*, Jacques Le Coffre et Cie, París, 1854, tomo II, pág. 408). Lasserre, que "fue incapaz de distinguir entre la realidad y su imaginación, entre los hechos tal como fueron y los hechos tal como su fantasía y sus sentimientos exigían que fueran" (Pierre LASSERRE, *Le romantisme français. Essai sur la révolution dans les sentiments et dans les idées au XIXe siècle*, Société du Mercure de France, París, 1907, pág. 366). Incluso Monod le describió como un "alucinado", aunque no soñador, debido a su gran "imaginación" (Gabriel MONOD, *Les maîtres de l'histoire: Renan, Taine, Michelet*, Calmann-Lévy, París, 1894, págs. 252 y 254). En cuanto a sus errores históricos, que toda la crítica admite, sigue siendo interesante la obra de Gorini, referida a la Edad Media, en la que se muestran multitud de errores, casi siempre en detrimento de la Iglesia y la religión católica (J. M. Sauveur GORINI, *Défense de l'église contre les erreurs historiques de MM. Guizot, Aug. Et Arn. Thierry, Michelet, Ampère, Quinet, Fauriel, Aimé-Marín, etc.*, Girard et Josserand, Lyon, 1855, tomo I, *passim*).

(72) Guy BOURDE y Hervé MARTIN, *Les écoles historiques*, Editions du Seuil, París, 1990, trad. esp. *Las escuelas históricas*, Akal, Torrejón de Ardoz, 1992, pág. 119.

(73) Georges LEFEBVRE, *La naissance de l'historiographie moderne*, Flammarion, París, 1971; trad. esp., *El nacimiento de la historiografía moderna*, Martínez Roca, Barcelona, 1974, págs. 206 y 211.

(74) En Victor Hugo, *Los miserables*, prólogo y comentarios de Arnaud Laster, Pocket, París, 2001, vol. III, documento 17., pág. 350.

Verdaderamente, es un retrato de probidad intelectual, histórica y moral, muy propia de un profesor que había desempeñado la cátedra de historia y moral en el Colegio de Francia.

publicación de *Contemplation*, le había escrito que suprimiera unos versos porque el cristianismo "es el enemigo". En carta del 4 de mayo de 1856, Michelet le dice a Hugo:

"Este volumen nos inquieta. Es terrible exhumar de ese modo el pasado. El mundo, querido señor, el mundo que nutris con vuestra obra os pide que penséis en él".

"Creo que os rogaría, también, que le sacrificaseis algunas líneas, los seis versos del crucifijo" (75).

"(...) Yo moriré en la fe que imprimí en 1847 en el primer volumen de mi *Révolution*. El cristianismo y la Revolución son como ángulos salientes y entrantes, simétricamente opuestos, sino enemigos. Cuando el cristianismo abandone el estado de vampiro (ni muerto ni vivo), sino como un honrado muerto, apacible y tumbado, como la India, Egipto o Roma, entonces, sólo entonces, defenderemos todo lo que sea defendible".

"Mientras tanto, no. Es el enemigo" (76).

Claro que este genio de la literatura —así calificado por una corriente apologética todavía viva—, cuando ya había emprendido su particular "santa cruzada" contra la religión católica y la Iglesia y ya se había erigido en "justiciero de la historia", al preparar una nueva edición de la *Histoire de France au Moyen Âge*, sin rubor alguno, le indicará a su yerno que había que "purgar la obra" "de la profunda simpatía hacia la espiritualidad medieval plasmada en la versión primitiva". Alfred Dumesnil toma buena nota del encargo y resume la cuestión: "poner de relieve todo lo que es revolucionario, contra el cristianismo y el principio monárquico" (77). Y así, se pueden advertir las modificaciones de las

(75) Se refiere Michelet a estos cuatro versos de *Écrit au bas d'un Crucifix*:

Vous qui pleurez, venez à ce Dieu, car il pleure.

Vous qui souffrez, venez à lui, car il guérit.

Vous qui tremblez, venez à lui, car il sourit.

Vous qui passez, venez à lui, car il demeure.

(76) Cit. por Roland BARTHES (*Michelet, ...ditions du Seuil*, 2.ª ed., París, 1988 pág. 61), que lo toma de Jean-Marie CARRÉ, *Michelet et son temps*, Perrin, París, 1926, pág. 55.

(77) P. VIALLANEIX, *Michelet, les travaux...*, los entrecorillados en las págs. 264, 438, 445 y 446.

ediciones de 1852 y 1861 verificadas con la original de 1833, respecto a la religión católica y la Iglesia, encarnación de la libertad y auténtica comunión con el pueblo, "eliminando todo aquello que pudiera parecer, por el fervor del tono y de la imaginación, que ponía la Edad Media católica como modelo" (78), y suprimiendo sus primitivos elogios a la teología de la gracia. Igualmente, de la primitiva edición de su *Revolución francesa* "expurgó lo que todavía parecía indulgente con el cristianismo" (79). Las modificaciones no estaban motivadas, en modo alguno, por nuevos conocimientos históricos (80), que, aunque erróneos, las justificarían, sino por su odio a la religión y a la Iglesia y a sus sacerdotes, que constituían un rival poderosísimo a su pretensión de ser el pontífice de una nueva religión —la de la deificación de la humanidad, en la que la fraternidad y la justicia serían sus principios—, que requería la destrucción del cristianismo (81).

Fruto de esta nueva *resurrección* de la historia fue su elogio de las brujas y las hechiceras medievales, con sus misas negras y su pacto con el diablo, en *La sorcière*, publicada en 1862, cuyo objeto parece haber sido mostrar su aversión a la Edad Media y a la Iglesia, pues tal inquina aparece sin ningún reparo: "una inmensa niebla, una pesada neblina gris plomo, envolvió al mundo (...) en una espantosa duración de mil años"; "la profunda desesperación que provocó el mundo de la Iglesia produjo la

(78) P. BÉNICHOU, *Le temps des prophètes...*, págs. 519-523 y 531-532, cit. pág. 522.

(79) P. BÉNICHOU, *Le temps des prophètes...*, pág. 536.

(80) Es falso el razonamiento de Monod cuando intenta explicar, justificándolo, el cambio de Michelet diciendo que se debió, por una parte, a que al seguir el curso de la historia hacia nuestros días, vio que la acción de la Iglesia había ido cambiando y que "después de haber sido la guardiana y el apóstol de la civilización, se convirtió en la enemiga de todo progreso y de toda libertad"; y, por otra, a que "el espíritu clerical renaciente se esforzaba en llevar la sociedad moderna, de nuevo (...), a la imitación de la Edad Media" (G. MONOD, *Les maîtres de l'histoire...*, ed. cit., págs. 244 y 245). Aunque hubieran sido ciertos esos hechos, que no lo eran, el argumento es inútil para explicar y, aún menos para justificar, que los hechos posteriores, de siglos más tarde, puedan hacer variar la realidad de los hechos de siglos anteriores, aquellos en los que la Iglesia, según redacciones anteriores, había sido "guardiana y apóstol de la civilización".

(81) Cfr. P. BÉNICHOU, *op. cit.*, págs. 532 y sigs.

bruja" (82). Con toda razón, Menéndez Pelayo pudo decir que "sus feroces preocupaciones de sectario, exacerbadas por su separación de la cátedra que desempeñaba en el Colegio de Francia, y por su famosa campaña contra los jesuitas, le privaron de toda imparcialidad y templanza", hasta caer "en un caos de alucinaciones místico-revolucionarias" (83).

Amante de los salones y de recibir en su casa, superó pronto las tentaciones políticas y rechazó ser candidato a diputado en 1848 (84), renunciando a su profesión de archivero al negarse a prestar juramento como funcionario público a Luis Napoleón, lo que le honra al renunciar al empleo por tal motivo. Desde entonces, su pluma le permitió vivir como un pequeño burgués, cada vez más desahogadamente; no sin cierta razón, aunque motivado por su mentalidad marxista, Mathiez reprocharía que "se jactase de ser el pueblo", recordando en Michelet su educación clásica, su asiduidad a los salones dorados, haber sido profesor de infantas y, con toda razón, concluía: "aficionado a la filosofía, nunca fue filósofo" (85). El duro juicio de Sainte Beuve, al menos por esta vez, parece plenamente acertado: "uno de los escritores más insalubres, más funestos para la salud del espíritu público" (86).

Michelet, académicamente ambicioso, pagado de sí mismo por su supuesta y autoproclamada superioridad en el conocimiento de la Historia, se complacía en afirmar que hasta entonces nadie había manejado los archivos como él; en carta a su, hasta entonces, entrañable amigo Quinet, en la que rompe con él a consecuencia de su *Revolución*, enojado por considerarse ninguneado por Quinet, afirma que fue el único, en un trabajo

(82) J. MICHELET, *La sarcière*, prólogo y cronología de Paul Viallaneix, GF Flammarion, París, 2004, págs. 57 y 35.

(83) Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, CSIC, Madrid, 1994, vol. II, pág. 884.

(84) Véase sobre la cuestión P. VIALLANEIX, *La vote royale...*, *op. cit.*, pág. 347 y sigs.

(85) Albert MATHIEZ, citado por Roland BARTHES, *Michelet*, Editions Du Seuil (1954), París, 1988, pág. 168.

(86) C. A. SAINTE-BEUVE, *Mes poisons*, introducción de Pierre Drachlinc, José Corti, 1988, pág. 120.

que le llevó siete años, "en exhumar de los archivos la revolución" (87). En el fondo ególatra, como se manifiesta, ya en su juventud, al escribir su *Memorial* y su *Journal*, que en una eventual futura publicación, aparecerá que "Rousseau no será el único hombre que se ha conocido" (88).

Tampoco él, como otros antes y después, como Hugo, escapó al narcisismo de rehacer su propia biografía a fin de que su pasado encajara mejor en los moldes correspondientes al republicano radical popular en que se convirtió desde poco antes de la revolución de 1848. Mitzmann (89) se ha referido a "la leyenda autobiográfica" de Michelet ocultando parte de sus orígenes familiares, pues como había puesto de manifiesto Fauquet (90), pertenecía por parte materna a una familia de clase media rural, bien cultivada y educada y por parte paterna, su abuelo había sido un protegido del abate de Borbón, hijo de Luis XV, lo que le permitió dar una buena educación a su familia. Muy diferente, pues, de su confesión, según la cual las dos familias de las que provenía "eran originariamente familias de campesinos que unían a la labranza un poco de industria" (91). Y si su padre, propietario de una imprenta, conoció malos tiempos desde 1800, fue debido a los avatares del periodo revolucionario y a la reducción de imprentas impuesta por Napoleón en 1808, por lo que de ningún modo, es correcto que nació "como una hierba sin sol entre dos adoquines de París" (92). Por ello, su identificación con "el pueblo" por su procedencia familiar es, cuando menos, engañosa. De ahí que la insistencia de Viallaneix sobre el origen "plebeyo" de Michelet y su "fidelidad plebeya" (93) no puede demostrar nada, porque era inexistente; insistencia que resulta incom-

(87) Citado por François FURET, *La gauche et la révolution au milieu du XIXe siècle*, París, Hachette, 1986, pág. 102.

(88) Citado por P. VIALLANEIX, *Michelet, les travaux...*, págs. 8 y 49.

(89) A. MITZMANN, *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., págs. 25-27.

(90) E. FAUQUET, *Michelet ou la gloire...*, ed. cit., págs. 19-23.

(91) J. MICHELET, *Le Peuple*, ed. cit., pág. 64.

(92) J. MICHELET, *Le Peuple*, ed. cit., pág. 68.

(93) P. VIALLANEIX, *La vote royale...*, ed. cit., págs. 21, 24, 28, 30, 48, 83 y *passim*.

previsible cuando se ha indicado que las familias de donde procede Michelet eran pequeños propietarios y rentistas (94), lo que, desde luego, no es lo mismo que proceder del pueblo.

Michelet fue otro de esos autores endiosados en los que la hipertrofia del yo —que no se manifestó en todos ellos del mismo modo— motiva su pensamiento y explica buena parte de su comportamiento. También en su modo de escribir la historia hasta deformarla. Taine, con gran perspicacia, escribió, respecto a su *Historia de Francia*, que en Michelet, “la emoción se transforma en convicción” y que tenía “por método el instinto” (95). El rechazo del pecado original y de la gracia fue expresión algo tardía de la negativa a admitir tanto la pequeñez de uno mismo, del hombre ante Dios como que la grandeza procede de Él. La introspección de sí mismo fue conduciéndole hacia una especie de sentimiento religioso de su misión, propio de un iluminado: “Nunca tuve un sentimiento más religioso de mi misión que durante los cursos de los dos [últimos] años; nunca comprendí mejor al sacerdocio, al pontificado de la historia; llevaba todo ese pasado como había llevado las cenizas de mi padre o de mi hijo” (96); y se consideraba el más adecuado para desenmascarar el peligro de los jesuitas porque ningún otro profesor antes que él había puesto en la enseñanza la fe en la juventud y la búsqueda de la curación del alma (97). Oráculo del pueblo por su tarea de historiador por la resurrección del pasado que prepara el futuro, se cree o escribe creerse, ser el nuevo sacerdote-profeta del humanitarismo. La forma interrogativa con que lo escribe en su *Journal* se resuelve afirmativamente —como dice Benichou— gracias al amor de Athénaïs, que “establece la unión entre el yo y la especie, entre el Historiador y la Humanidad” (98). No solamente predicaba de sí mismo ser del pueblo, sino que era el

(94) P. VIALLANEIX, *La vote royale...*, ed. cit., págs. 57-63.

(95) H. TAINE, *Essais de critique et d'histoire*, trad. esp. *Ensayos de crítica y de historia*, Aguilar, Madrid, 1953, págs. 133 y 142.

(96) J. MICHELET, *Des jesuites*, Comptoir des Imprimeurs-Unis, Hachette, Pantin, París, 6.ª ed., 1844, pág. 38.

(97) J. MICHELET, *Des jesuites*, ed. cit., págs. 31-32.

(98) P. BENICHOV, *Le temps des...*, ed. cit., pág. 530.

mismo pueblo: "Hijo del pueblo, he vivido con él, lo conozco, soy yo mismo" (99).

Con gran perspicacia, Benichou ha indicado que la ruptura con el cristianismo se produjo antes en el terreno del "sacerdocio" que en el de la doctrina: "La vocación del ministerio humanitario hacia insostenible el ministerio cristiano que le impedía el paso" (100). Incluso literalmente, como ocurrió en los últimos momentos de Adela Dumesnil. Como ha observado Benichou, la "religión" de la humanidad implica una "autolatría" (101). Tal autoadoración incluye la de sus pontífices hacia sí mismos. ¿Cómo iba a ser posible aceptar el pecado original, la gracia y la necesidad de redención? La oposición entre justicia y gracia, que él imaginó, era algo que "su corazón no podía admitir" (102).

Imputar a la Iglesia pasividad absoluta y resignación permanente ante la vida porque la salvación no procede de las obras de cada cual sino que es un don de Dios es doblemente falso: lo es históricamente y lo es doctrinalmente. Respecto a la historia, él mismo había escrito otra cosa en el primer tomo de su *Historia de Francia*; doctrinalmente era una afirmación en exceso simplificadora que se aplicará mejor a la doctrina protestante.

En su contradictoria e incoherente "filosofía" —por mucho que su moderno apologeta Viallaneix se esfuerce en razonar lo contrario—, próxima a "un antropomorfismo universal" (103), que se muestra en *El pájaro* (104) o en *El Insecto* (105), lo más

(99) J. MICHELET, *Le Peuple*, ed. cit., pág. 156.

(100) P. BENICHOU, *Le temps des...*, ed. cit., pág. 532.

(101) P. BENICHOU, *Le temps des...*, ed. cit., pág. 529.

(102) G. MONOD, *Les maîtres...*, pág. 246.

(103) P. BENICHOU, *Le temps des...*, ed. cit., pág. 561. Lo nicka Viallaneix (*La vote royale...*, ed. cit., pág. 439).

(104) "La fe religiosa que anida en nuestro corazón y que aquí enseñamos es que el hombre se unirá a toda la tierra" (J. MICHELET, *L'Océan*, Hachette, París, 1857, pág. X).

(105) Con su admiración por los insectos, especialmente por las hormigas, quizá porque "la hormiga es franca y profundamente republicana", con su sublimación de la reproducción sexual de los insectos que culmina en "el amor de la

sobresaliente fueron su radical anticristianismo rehusando cualquier herencia cristiana (la Revolución "era una Iglesia en sí misma") (106) —y de ahí sus reproches a Quinet (107) o a Esquiros que veía en ella la continuación del cristianismo (108)— y su divinización del pueblo y de su "instinto vital", del instinto de los sencillos (109).

madre insecto", desvarios que tracen causa de que, según dijo, "creía que iba a estudiar cosas y me encontré con almas" (J. MICHELET, *L'Insecte*, Hachette, París, 1858, págs. 357, 43-44 y 359).

Halévy, negando que fuera panteísta, estimaba que éstas obras sí lo eran, D. HALEVY, *Jules Michelet*, ed. cit., pág. 147.

(106) J. MICHELET, "Prólogo" de 1868 a su *Historia de la Revolución francesa*, en François FURET, *La gauche et la révolution au milieu du XIXe siècle*, Paris, Hachette, 1986, pág. 286.

(107) Hermione QUINET, *Cinquante ans d'amitié. Michelet-Quinet (1825-1875)*, Armand Colin et Cie, París, 1899, pág. 302.

(108) P. BEMICHOU, *Le temps des...*, ed. cit., pág. 536.

(109) J. MICHELET, *Le Peuple*, ed. cit., págs. 151 y sigs.